

El difícil tránsito hacia elecciones como opción política

Jacqueline Peschard

Los teóricos de las elecciones sostienen que los patrones electorales de un país rara vez se rompen y menos en una sola elección, excepto, agregaríamos, cuando ocurren en medio de una verdadera conmoción política como fue el caso de los comicios federales de 1988 en México.¹

A raíz de la jornada del 6 de julio, el perfil y el significado de las elecciones mexicanas cambió drásticamente, en buena medida debido a la aparición del movimiento neocardenista, en la que se condensaron tanto los cambios sociales que ha experimentado el país durante los últimos veinte años, como el desgaste de las estructuras y prácticas autoritarias de nuestro régimen político. Las elecciones dejaron de ser “aclamatorias”, a la manera de aquellas propias de sistemas de partido único, en las que no hay opción real para los votantes y el ejercicio del sufragio no es un evento decisivo en el sistema político para convertirse en un verdadero referéndum en contra del gobierno y su partido y un acontecimiento de primer orden político.²

En efecto, el reciente proceso electoral se distinguió por el despliegue de un movimiento opositor de enjuiciamiento al desempeño del gobierno y en particular a su manejo de la economía, el cual se expresó puntualmente en el rechazo al candidato oficial a la Presidencia y a las formas y reglas de organización y desarrollo de los comicios.³

Aunque el PRI ganó las elecciones, nadie creyó

¹ Harrop, Martin & Miller, William, *Elections and Voters*, N.Y., The Meredith Press, 1987, p. 36.

² Mackenzie utiliza el concepto de elecciones por aclamación para referirse a elecciones no libres, en las que no hay opción. Cfr. Mackenzie, W.J.M., *Elecciones libres*, Madrid, Ed. Tecnos, 1962, p. 188.

³ Rafael Segovia afirma que en sentido estricto las elecciones de 1988 fueron un plebiscito. Cfr. “El regreso de la política” en *Cuadernos de Nexos*, No. 2, septiembre 1988, p. I.

en los resultados. El proceso se interpretó como fraudulento —y en política la interpretación tiene tantos efectos como el hecho objetivo— no pudiendo servir de arma de legitimación para el futuro gobierno, ni siquiera a los ojos de la propia élite política. Por otra parte, las elecciones perdieron gran parte de su carácter de agentes de control político, reforzador de relaciones de patronazgo y clientismo, para abrir paso a la opción como eje de una consulta popular cifrada en la confrontación y la lucha por el poder.

Por primera vez, se vislumbró la posibilidad de la alternancia de partidos y el acontecimiento cobró visos de competencia, en el sentido de que los resultados no estuvieron prefigurados, a pesar de la probada manipulación de la que fueron objeto. Hubo momentos en que se llegó a dudar ya no sólo de cómo se ganaría, sino de quién ganaría. La oposición electoral que había estado siempre confinada a una posición minoritaria, conquistó su derecho a disputar la mayoría y ya no solamente en el campo permitido de las diputaciones, sino en el del máximo cargo de elección popular.

Los resultados electorales suscitaron un extenso debate y fueron objeto de una impugnación consistente, poniendo a prueba la capacidad del régimen para controlar los conflictos políticos. Si antes las elecciones habían servido para lubricar con el relevo la continuidad del régimen político, manteniendo con ello la estabilidad política, hoy las elecciones plantearon justamente la duda sobre la preservación del régimen.

A pesar de las innumerables irregularidades en el escrutinio y la calificación de las elecciones,⁴ no

⁴ Ver "Debate sobre la calificación presidencial", en *La Jornada*, suplemento de aniversario, 19 de septiembre de 1988.

pudo evitarse que los resultados dieran cuenta de modificaciones sustantivas en el panorama electoral, las cuales tendrán repercusiones en el procesamiento de las decisiones políticas, a la vez que en las relaciones mismas entre sociedad y poder. Si algo quedó claro en estas elecciones fue que las decisiones políticas ya no pueden seguir adoptándose en las altas cúpulas burocráticas y menos aún en el reducido equipo del presidente en turno; que el consenso mecánico ya no opera y que los ciudadanos han despertado y reclaman nuevas instancias de participación, es decir, verdaderas opciones políticas.

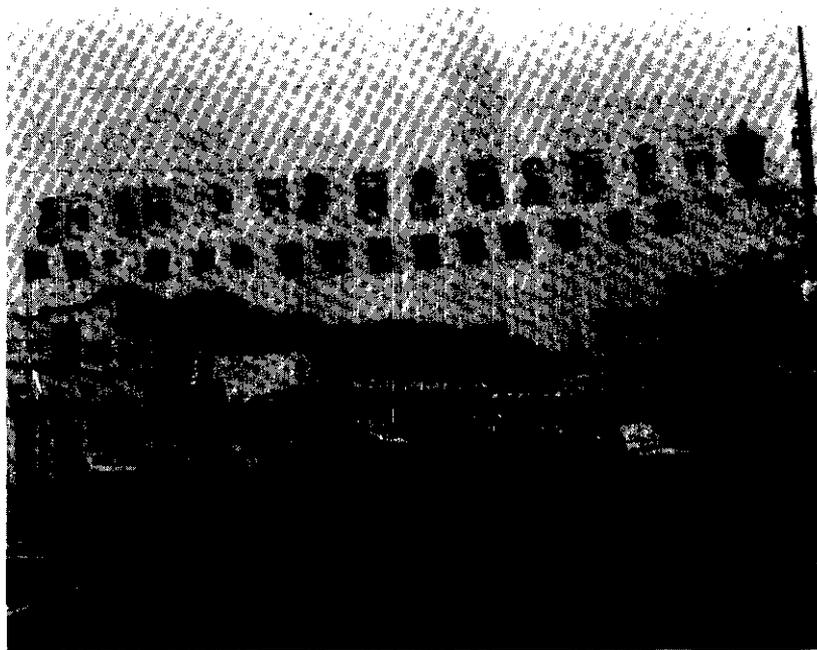
Parece, entonces, pertinente detenernos en las modificaciones que sufrió el mapa electoral y sus posibles repercusiones sobre la vida política mexicana en el futuro cercano.

1. Los cambios en el panorama electoral

No cabe duda que el cambio más notable en el horizonte electoral fue la caída estrepitosa del voto priísta, evidenciada en el descenso de su promedio global de votación (bajó del 68.43% en 1982, al 49.09% en 1988) y también en el de todos y cada uno de los estados de la Federación,⁵ al igual que en el derrumbe de su cifra absoluta de sufragios (cayó de 16,145,254 en 1982 a 9,687,926 en 1988), que resultó además muy inferior, incluso, al número de afiliados que el PRI reclama tener.⁶

⁵ Sólo en Nuevo León la votación relativa del PRI se mantuvo en los niveles de 1982.

⁶ En 1985, el PRI decía contar con 15,758,453 miembros. Cfr. Garrido, Luis Javier, "Un partido sin militantes", en Segovia, R. y Loaeza, S., *La vida política mexicana en la crisis*, Méx., El Colegio de México, 1987, p. 69.



Más aún, por primera vez en su historia, el partido oficial perdió la elección presidencial en cinco entidades (D. F., Michoacán, Morelos, México y Baja California) y en cinco más (Aguascalientes, Colima, Guanajuato, Jalisco y Sinaloa) ganó con una votación inferior al 50%. Cabe recordar que únicamente el Distrito Federal se había perfilado desde 1982 como zona donde el PRI no alcanzaba votaciones de mayoría absoluta.

Todo lo anterior hizo que el candidato priísta solamente pudiera reclamar un triunfo de mayoría relativa respecto del total de votos emitidos⁷ y una

escasa representatividad de los electores potenciales, esto es, de los empadronados, del 25.4%. La pérdida de apoyos el PRI se manifestó con igual fuerza en el terreno de su representación en puestos de elección popular. Se quebró el monopolio en el Senado de la República con el triunfo de cuatro senadores del Frente Democrático Nacional y su presencia en la Cámara de Diputados se redujo del 72.25% de las curules en la LIII Legislatura al 52.6% de las mismas en la nueva, instalada el 10. de septiembre, al momento del último Informe de

⁷ El dictamen oficial de la elección presidencial presentó el

triunfo de Carlos Salinas de Gortari como de mayoría absoluta (50.7%) porque solamente consideró la votación efectiva.

Gobierno de Miguel de la Madrid.⁸ Es más, el PRI perdió en 107 de los 300 distritos existentes, aunque la oposición sólo ganó 54 escaños debido a que no se lograron acuerdos sobre un mayor número de candidaturas comunes. No obstante, lo más significativo de la caída del partido oficial no puede desprenderse de lo cuantitativo, sino de lo cualitativo. El PRI dejó de ser partido hegemónico para quedar solamente como mayoritario y disputado, lo cual implica que tendrá que recomponer sus relaciones internas y sus alianzas para conservar su predominio y reconstruir su consenso como partido hecho gobierno. Además, a diferencia de lo que venía sucediendo desde la reforma política de 1977, los sufragios de sus adversarios no se volatizaron ni se dispersaron, sino que se alinearon en dos grandes polos: el PAN y el FDN, que fue el que fundamentalmente capitalizó el volcado antipriísmo en estas elecciones.

De los nueve estados donde la disminución en los votos del candidato presidencial del PRI fue superior a su promedio nacional de descenso respecto de hace seis años (20 puntos porcentuales), aquéllos donde la caída fue marcadamente acentuada (Michoacán, Morelos y Colima) coinciden en términos generales con las entidades que proporcionaron las máximas votaciones a Cuauhtémoc Cárdenas y además sin que la votación del PAN sufriera despojos importantes (Cuadro I). El caso de Colima merece atención aparte porque en 1982 registró una de las más elevadas proporciones de votos a favor del candidato oficial, quien era originario del estado. Hoy, los votos que ahí recogió el candidato del FDN fueron exclusivamente antiguos votos pri-

Cuadro I
Votación Presidencial Comparada
(1982-1988) (%)

Estado	PRI		PAN		FDN*	
	1982	1988	1982	1988	1982	1988
Ags.	68.9	48.7	15.8	27.6	4.4	18.1
BCN	50.9	34.0	27.6	22.6	7.1	34.5
BCS	71.2	52.5	15.3	17.3	5.0	25.1
Camp.	83.1	64.4	6.5	11.2	2.0	14.8
Coah.	67.1	52.9	25.7	14.9	4.6	29.2
Colima	88.4	47.8	4.6	14.8	2.8	35.7
Chis.	90.2	88.4	2.8	3.3	3.9	6.3
Chih.	60.3	51.5	25.6	36.0	4.8	6.4
D.F.	48.6	25.9	23.4	20.9	12.9	46.9
Dgo.	74.3	62.4	17.8	16.7	4.6	18.5
Gto.	65.0	43.7	20.1	29.7	4.2	21.9
Gro.	81.7	60.4	4.3	2.3	8.6	35.7
Hgo.	84.5	63.4	8.8	5.7	5.3	27.7
Jal.	56.6	41.4	25.0	29.9	9.0	23.2
Méx.	55.1	28.3	22.4	15.5	9.7	48.9
Mich.	75.3	22.4	11.3	9.9	4.5	62.0
Mor.	74.0	32.3	9.9	7.1	6.3	55.3
Nay.	76.6	54.2	3.3	5.5	13.6	35.3
N. León	71.9	71.9	24.3	23.7	1.9	3.8
Oax.	83.3	62.6	6.0	4.5	8.2	29.7
Pue.	76.9	69.6	9.6	9.6	3.8	17.2
Qro.	74.9	61.8	15.4	18.9	2.9	15.4
Q.R.	90.9	62.7	3.6	9.2	3.4	23.0
S.L.P.	82.4	67.1	8.2	20.8	2.4	8.7
Sin.	77.3	49.8	10.6	31.3	8.2	16.7
Son.	74.1	67.4	19.8	20.5	2.1	9.8
Tab.	91.9	72.2	3.4	5.1	3.3	19.4
Tamps.	74.9	58.7	9.8	9.8	10.1	29.8
Tlax.	79.4	58.7	10.1	5.7	2.3	30.2
Ver.	81.2	61.6	3.4	5.1	10.3	30.6
Yuc.	80.8	66.5	17.7	30.9	.8	1.6
Zac.	84.4	64.8	9.7	10.5	2.8	21.8
Nacional	68.4	49.1	15.7	16.6	7.5	30.3

⁸ El Código Federal Electoral preveía una disminución en la proporción de representantes del partido mayoritario en la Cámara de Diputados respecto de lo previsto por la LFOPE.

* Para 1982 se tomó la suma de los votos de los partidos integrados en el Frente Democrático Nacional.

Fuente: Datos de la Comisión Federal Electoral.

ístas, ya que el propio PAN logró también incrementar su porcentaje de apoyo entre los colimenses. Esa circunstancia observada hace seis años en Colima, se presentó ahora en Nuevo León, que Carlos Salinas reivindicó como cuna familiar, ya que fue el único estado donde el partido del régimen conservó su porcentaje de votación previo. Tal parece que sigue viva la idea de que el lugar de origen del candidato a la Presidencia recibirá especiales beneficios durante su futura gestión y que buen número de votantes siguen apostando a dicha idea.

Otro elemento que cabe destacar es el relativo a las diferencias que se presentaron entre las votaciones para elegir al Presidente de la República y aquéllas para elegir diputados. Por tradición, asentada en nuestro sistema presidencialista y sancionada por la legislación electoral,⁹ la votación presidencial suele ser siempre más abundante que la de diputados o senadores y esto es especialmente cierto en el caso de la votación a favor del PRI. En 1988 esta regla se rompió, porque aunque el candidato oficial recibió más votos absolutos que los candidatos a diputados y senadores de su partido, en términos relativos se llevó el porcentaje más bajo (Cuadro II). Por otro lado, y en marcado contraste con lo sucedido en las elecciones generales inmediatamente anteriores, donde en todas las entidades la votación presidencial había superado la de diputados, en 1988 la relación se invirtió en 13 estados, siendo más copiosa la votación legislativa.

El hecho de que Salinas de Gortari obtuviera menos votos que los candidatos a diputados en 40% de las entidades federativas, confirma que el blanco del empuje antipriísta estuvo centrado en el re-

levo presidencial y que éste penetró las clientelas mismas del partido oficial. Empero, el desequilibrio entre los dos tipos de votaciones fue compensado en algunos estados como Puebla, Veracruz, Chiapas, Durango y Oaxaca, donde el futuro presidente absorbió una cantidad de votos significativamente superior a la recogida por los candidatos a diputados priístas. Los análisis que hicieron los partidos de oposición de las actas de escrutinio y cómputo distrital de la elección presidencial, muestran que en secciones electorales precisamente de esos estados, aunque no en forma exclusiva, se consignaron votaciones a favor del PRI del 100% de los empadronados y hasta votaciones muy por encima del número de electores registrado en el padrón respectivo.¹⁰ Desde esta perspectiva, pueden desprenderse varias consideraciones. Por su monopolio en el gobierno, el partido del régimen sigue manteniendo cuantiosos recursos políticos para inclinar la votación a su favor, pero esta situación ya no abarca al país en su totalidad, sino que se circunscribe a zonas específicas, básicamente rurales, donde la oposición no ha podido penetrar, o bien donde los gobiernos estatales preservan amplias capacidades de maniobra clientelista. En todo caso, a diferencia de lo que solía suceder en elecciones anteriores, en las que el PRI se las arreglaba no solamente para ganar sino para arrasar, hoy la reserva de control político del partido oficial fue indispensable simplemente para ganar. Dicho de otra manera, en la coyuntura de 1988 se evidenció un estrechamiento de los márgenes de maniobra del PRI, el cual se explica no solamente por la crisis económica que ha golpeado la capacidad de distribuir recompensas a lealtades políti-

⁹ La legislación electoral permite que los votantes sufraguen por Presidente de la República fuera de su distrito de residencia.

¹⁰ Ver "El voto particular del PAN", en "Debate sobre la calificación presidencial", *op. cit.*, pp. VIII-X.

Cuadro II
Votación Total 1988 (*)

Partido	Presidente	Diputados	Senadores
PRI	9,687,926 51.7%	9,227,008 51.1%	9,236,977 50.8%
PAN	3,208,584 16.8%	3,244,887 17.9%	3,300,782 18.2%
PPS	2,016,281 10.5%	1,662,477 9.2%	1,676,738 9.2%
PDM	199,497 1.0%	235,668 1.3%	232,577 1.3%
PMS	683,769 3.6%	802,837 4.4%	758,455 4.2%
PFCRN	2,012,533 10.5%	1,687,876 9.3%	1,696,011 9.3%
PRT	80,214 .4%	93,830 .5%	84,237 .5%
PARM	1,200,486 6.3%	1,099,486 6.1%	1,182,873 6.5%

* Los porcentajes consideran solamente la votación recibida por el conjunto de los partidos políticos.

Fuente: Datos de la Comisión Federal Electoral y en el caso de la votación presidencial del Dictamen del Colegio Electoral.

cas, que es en lo que se asienta el clientelismo priísta,¹¹ sino porque la expresión electoral de su control político, o sea, el voto cautivo, perdió eficacia al quedar al descubierto como voto forzado.

¹¹ Rouquie, Alain, "El análisis de las elecciones no competitivas: control clientelista y soluciones autoritarias", en Hermet, G. Rouquie, A., Linz, J.J., *¿Para qué sirven las elecciones?*, Méx. FCE, 1982, p. 80.

Aunado a lo anterior, la manipulación oficial de las cifras rebasó los niveles de la mera sospecha o del refugio en la técnica electoral legalmente sancionada para alcanzar dimensiones de alteración flagrante de las disposiciones jurídicas.¹² Esto es otro dato que muestra el abatimiento del control político del partido oficial. De tal suerte, parece

¹² "Debate sobre la calificación presidencial", *op. cit.*

que se aplicó el esquema ya clásico de Mackenzie, según el cual en sistemas de partido dominante se oscila entre “elecciones preparadas”, en las que para ganar el partido sigue las reglas definidas por él mismo y “elecciones robadas”, en las que rompe dichas reglas para arrebatarlas y resistir como partido dominante.¹³

El cuadro opositorista, por su parte, definido más por su rechazo al gobierno que por proyectos alternativos, sufrió también cambios sustantivos. En primer lugar, no hubo ningún partido minoritario que respaldara la candidatura presidencial del PRI,¹⁴ es decir, todos apostaron en su contra. En segundo lugar, el electorado se manifestó a favor de tres corrientes principales, rechazando a las minorías extremas tanto de derecha como de izquierda. El PRT y el PDM —único partido que había venido incrementando regularmente su porcentaje de votos desde su registro legal en 1978— no lograron la mínima votación requerida para mantener su registro y su derecho a representación en la Cámara de Diputados. El PAN, que durante los últimos diez años de la reforma política había trazado una tendencia al alza en los votos, y que en esta coyuntura desplegó una ofensiva especialmente agresiva, no logró incrementar su proporción de votos (en 1982 obtuvo el 15.68% de los votos presidenciales y en 1988 el 16.63%). En cambio sí recogió una cosecha parlamentaria. al llevarse 31 curules de mayoría, esto es, más del triple de lo que había conseguido en 1985 y 30 veces más de lo que alcanzó en 1982.¹⁵

¹³ Mackenzie, *op. cit.*, pp. 187-188.

¹⁴ Desde 1946, en que se fundó el PRI, sus candidatos presidenciales siempre habían contado con el apoyo de al menos uno de los partidos minoritarios.

¹⁵ En 1982 el PAN solamente ganó un distrito de mayoría y en 1985 triunfó en 9 de los 300.

Aun cuando el FDN se coronó como la segunda fuerza electoral, prácticamente duplicando al PAN en número de votos en la elección presidencial, Acción Nacional se afianzó como el primer partido de oposición, ya que siguió manteniendo una ventaja considerable frente a su más cercano seguidor, que en esta ocasión resultó se el PFCRN (Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional) que recabó 10.2% de los votos (Cuadro II).

El progreso del PAN en el renglón de los triunfos de mayoría hizo posible que se borrara su característica desproporción entre votación y representación. Por primera vez desde la entrada en vigor de la reforma política, el PAN no quedó subrepresentado en la Cámara de Diputados, ya que con el 17.3% de los votos para diputados conquistó el 20.2% de los asientos.¹⁶ ¿Cómo explicar el avance panista en la representación mayoritaria con una votación que se mantuvo constante? La aparición del FDN fue lo que permitió esta nueva situación del PAN. La distribución tanto de los sufragios panistas como de sus triunfos, permite ver cómo Acción Nacional se vio beneficiado por el surgimiento del movimiento neocardenista. A pesar de que el PAN no pudo ser el foco de atracción del voto de protesta antigubernamental, como lo había sido por tradición, teniendo que conformarse con sus votos específicos, en muchos casos el empuje del FDN fue clave para debilitar al PRI lo suficientemente como para permitir la victoria distrital del PAN. Dicho de otra manera, la presencia de otra opción electoral fuerte permitió que el PAN reafirmara y decantara sus ba-

¹⁶ Las “formulas electorales” para la asignación de las diputaciones de representación proporcional siempre han favorecido a los partidos menores, en detrimento de los mayores. En 1988, el PAN logró remontar ese obstáculo técnico-político gracias al número importante de curules de mayoría que conquistó.

ses electorales y que pudiera con ello superar en votos al partido oficial en un número inédito de distritos.

Los estados donde Acción Nacional obtuvo sus más altos porcentajes de votación (30% o más) —Chihuahua, Jalisco, Guanajuato, Sinaloa y Yucatán (ver Cuadro I)—, coincidieron con asideros firmes del panismo, en especial en las ciudades de Guadalajara, León, Culiacán, Mérida y Ciudad Juárez. Sin embargo, los distritos donde triunfaron sus candidatos a diputados se localizaron, además de las áreas señaladas, en el Distrito Federal y la zona metropolitana del estado de México, donde el PAN cuenta con bases electorales importantes, aunque su votación no registró mejoría respecto de hace seis años. En estas dos entidades, el FDN no sólo le restó votos al partido oficial, sino que quebró la mayoría priísta, pero la falta de más candidaturas comunes reforzó la posición del PAN.

El caso ejemplar es el de la ciudad capital, donde desde la reforma política Acción Nacional había alcanzado cifras de votación cercanas a las del PRI, pero nunca había atrapado una curul de mayoría. Por el contrario, en 1988, con una proporción de votos inferior a la de 1985, conquistó 13 diputaciones.

En otro orden de ideas, aunque se esperaba que la candidatura de Manuel J. Clouthier fuera a acrecentar la votación presidencial con relación a la de diputados, no fue así, ya que la relación entre ambas votaciones se mantuvo muy semejante a la de 1982. Solamente en Sinaloa, pilar del candidato presidencial panista, varió la tendencia, en la medida que el monto de votos presidenciales se duplicó respecto de hace seis años y además la diferencia entre éstos y los de diputados fue del 40% (ver Cuadro I). Lo antes expuesto permite desprender una

conclusión: la personalización en extremo de la campaña presidencial panista no fue el factor que determinó la votación del blanquiazul, sino más bien la larga tradición opositorista del partido que le ha valido la confianza ratificada de su electorado.

En lo que se refiere al FDN, que fue el gran solista de la escena orquestada en 1988, puede observarse que los estados donde se allegó un mayor número de seguidores, es decir, donde obtuvo una votación por encima de su promedio nacional, fueron de dos tipos: 1) entidades donde el PRI había mantenido una ventaja holgada frente a la oposición (Michoacán, Morelos, Nayarit, Veracruz, Colima y Guerrero); y 2) entidades donde la oposición era plural (Distrito Federal, Baja California, estado de México). Dicho de otra manera, la fuerza que logró el FDN fue a costa del PRI, o bien, gracias a que el camino ya estaba preparado por la existencia de una oposición diversificada, aunque muy débil. En cambio, los estados donde su votación fue especialmente escasa (por debajo del 10%) se repartieron entre zonas de asiento bipartidista como Chihuahua, Yucatán, Nuevo León, Sonora y San Luis Potosí y zonas de reserva priísta como Chiapas (ver Cuadro I).

Por otra parte, al considerar la forma como se repartieron los votos a favor de Cárdenas entre los cuatro partidos que lo postularon, se aprecia que la fuerza electoral que alcanzaron no se corresponde con sus bases políticas. Y es que dicha fuerza dependió determinadamente de la figura del candidato presidencial. El partido que recogió la máxima proporción de votos dentro de la coalición neorcardenista fue el PFCRN, seguido muy de cerca por el PPS. Sin duda, el partido surgido de la escisión del PST se vio favorecido por sintetizar en sus siglas la identidad básica del movimiento encabezado por el

FDN. La desproporcionadamente alta votación del PPS parece tener su explicación en el hecho de que fue el que apareció en primer lugar en la boleta electoral con el nombre de Cuauhtémoc Cárdenas. En ambos casos, las insólitas votaciones que alcanzaron resultaron de circunstancias fortuitas que nada tienen que ver con un realineamiento partidario del electorado. Aun cuando el PARM fue el primer partido que lanzó e incorporó al candidato del FDN, su votación lo colocó en el tercer sitio de la coalición, lo cual de todas maneras significó un avance inusitado respecto de lo que siempre había representado.

En marcado contraste con los tres partidos ex-satélites del PRI, el PMS fue el único que perdió con la unificación neocardenista, ya que quedó desplazado de su posición estable como tercera fuerza para quedar en el último lugar del espectro partidario, ajustado por la jornada electoral de 1988. No obstante, no todo fue negro para el Mexicano Socialista, ya que si por una parte su alianza con la Corriente Democrática no le significó más votos a su favor y además desdibujó su proyecto socialista, por otra, le permitió avanzar en su desatanización comenzada con la reforma política y encontrar ubicación dentro de un movimiento enraizado en las más añejas tradiciones de la herencia política mexicana.

Mucho se ha dicho al comentar el fenómeno neocardenista que México votó por la izquierda y ello como respuesta a la franca derechización del régimen. La inserción del PMS en dicho movimiento permitió tal definición. Dicho de otra manera, mientras los otros tres partidos no agregaron nada a la concepción del FDN, el Mexicano Socialista sí le imprimió una connotación propia. El carácter artificial de los votos de los tres antiguos aliados del partido oficial se hace más evidente al comparar sus

cifras de votación para presidente con las de diputados. El PARM, PPS y PFCRN tuvieron votaciones presidenciales muy superiores a las que recibieron sus candidatos a diputados en la gran mayoría de los estados y el PFCRN en todos y cada uno de ellos. Esta circunstancia contrasta con lo que fue una constante en elecciones previas, en las que estos partidos obtenían más votos para diputados en la mayor parte de las entidades federativas. Y es que entonces la participación en la lucha por la Presidencia no planteaba para estos partidos una opción (ni siquiera para el PST que en 1982 postuló candidato propio), es decir, no era un objetivo a alcanzar y solamente se aprovechaba para impulsar la votación en el campo de las diputaciones, reservado específicamente para los partidos minoritarios. Solamente el PMS reprodujo esa tendencia, lo cual puede entenderse porque se trata de un partido con un aparato mejor organizado, que aunque ha estado en proceso permanente de recomposición, sí ha constituido una opción política clara para sus electores. Otra explicación posible es que su adhesión tardía a la candidatura de Cárdenas —a menos de un mes de las elecciones— creó desconcierto entre simpatizantes pemesistas que se inclinaban por el hijo del General, ya que en la boleta electoral sus siglas aparecieron ligadas a su candidato original, Heberto Castillo.

Todo lo anterior habla de la fragilidad organizativa del FDN y de los serios obstáculos que tendrá que remontar para impedir que se diluya el movimiento social que encauzó.

Por último, es necesario hacer mención a otro dato que sorprendió en las elecciones de 1988: el incremento de la abstención que contrarió las expectativas generadas por la movilización electoral sin precedentes. En efecto, la síntesis de la deman-

da electoral de la ciudadanía fue la de mayor participación en los asuntos públicos, pero la evasión al voto, en relación con los empadronados, fue del 48.4%, que representa el nivel más elevado que reseña la historia de los datos oficiales y además prácticamente el doble de lo registrado en 1982, en que la abstención en la elección presidencial fue del 25.2%. A pesar de lo poco confiable de las cifras, es un hecho indiscutible que las elecciones de 1988 han sido las mejor vigiladas, por lo que puede inferirse que éstas se acercan más a los niveles reales de abstencionismo. No obstante, es importante recordar que el gran alentador de la insurgencia electoral que promovió la jornada del 6 de julio fue el FDN, que apareció cuando ya se había iniciado el proceso electoral. Además, su crecimiento se hizo explosivo al calor de la campaña, cuando ya se había cerrado el plazo del registro en el padrón. Es muy probable que muchos de los asiduos asistentes a las grandes concentraciones del Ing. Cárdenas hayan estado imposibilitados para sufragar por la falta de credencial de elector. De cualquier forma, parece claro que el abatimiento de la abstención, entendido como captación de nuevos votantes, no corrió paralelo al ímpetu movilizador de repudio al gobierno y a su partido.

2. Consideraciones finales

A partir de la reforma política de 1977, las elecciones empezaron a cobrar importancia como termómetro de las fuerzas políticas, de su capacidad para atraerse votantes y para articular las diversas demandas e intereses dentro de sus propuestas ideológicas y programáticas.

Durante los diez años de vigencia de la LFOPPE,

el espectro partidario se caracterizó por el desequilibrio entre el partido oficial y el resto de los partidos, y por un pluralismo inestable con escasas probabilidades de conformar una verdadera opción política diferente al PAN.

Las experiencias electorales, no obstante, fueron empujando a los partidos a revisar sus concepciones y sus estrategias fueron tornándose cada vez menos ideológicas y más pragmáticas —quizás a imagen y semejanza del partido del régimen— en un afán de responder mejor a la prueba electoral que fue erigiéndose en el centro de su quehacer partidario. Aunque en las elecciones de 1988 solamente contendieron cinco candidatos a la Presidencia, se dibujó un nuevo esquema tripartito y claramente acotado que abrió paso a la competencia electoral e hizo menos desproporcionada la relación entre las preferencias del electorado y su traducción en asientos de representación, al menos en la Cámara de Diputados. Así, con el 51.02% de los votos para diputados, el PRI se llevó 263 curules (equivalentes al 52.6% de las diputaciones), mientras que con el 48.72% de los mismos votos, los partidos de oposición en su conjunto consiguieron 237 curules que representan el 47.4% de los asientos en la Cámara Baja.¹⁷

A pesar de los avances que se consiguieron en la jornada del 6 de julio en cuanto al despertar ciudadano y a una representación nacional más acorde a las corrientes existentes, la contienda no significó un progreso en lo que se refiere a los partidos políticos que son los únicos agentes que pueden forjar instancias participativas para la sociedad civil

¹⁷ El 48.7% de los votos opositores incluye los conseguidos por el PRT y el PDM, que no alcanzaron representación en la Cámara de Diputados.

y, por ello mismo, los que pueden impulsar el proceso democratizador que fue el gran mandato ciudadano en estas elecciones. La insurgencia electoral que levantó el relevo de poderes federales no fue producto de la acción partidaria, sino básicamente del peso simbólico de la figura que encabezó dicha insurgencia.

En este sentido no hubo cambios, como tampoco los hubo en lo que se refiere a las condiciones y el ambiente en el que se realizaron las elecciones. El desarrollo de las campañas, el acceso a los medios de comunicación, la organización, el escrutinio y la calificación de las elecciones mostraron, quizá con

mayor crudeza que nunca la reproducción del imperio de los patrones autoritarios y excluyentistas del sistema político mexicano. Las elecciones fueron disputadas y el propio PRI reconoció que había concluido la época del partido único, sin embargo, persistieron las viejas reglas de operación del unipartidismo de facto, aunque quizá por última vez. El impulso movilizador que afloró en estas elecciones alrededor de la opción neocardenista ha dejado abierta la posibilidad de que las elecciones en México puedan erigirse en un instrumento de control popular sobre el gobierno. 🐾

